



Comentario bibliográfico

Ernesto Semán, *Breve historia del antipopulismo. Los intentos de domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2021).

Eduardo Nazareno Sánchez

Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

eduardo.n.sanchez.1988@gmail.com

Fecha de recepción: 28/09/2021

Fecha de aprobación: 03/11/2021

¿Qué vínculo podemos establecer entre los acontecimientos de mayo de 1810 y los dichos del expresidente Mauricio Macri a principios del 2020, cuando el mundo atravesaba una situación excepcional debido a la pandemia de COVID 19? ¿Qué nexo se puede encontrar entre el programa de gobierno de Domingo Faustino Sarmiento y las diatribas de la Argentina alfonsinista? Uno: la presencia y los intentos de eliminar al populismo de la política de nuestro país. Desentrañar esta cuestión es la empresa que nos propone Ernesto Semán en su *Breve historia del antipopulismo. Los intentos de domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri*. En este sentido, incluso si a lo largo del libro se realizan referencias a la obra de Ernesto Laclau, el trabajo no pretende alinearse con una teoría sobre el “populismo” sino, más bien, estudiar la historia de una construcción política y discursiva que buscó —y que sigue buscando en la actualidad— frenar y eliminar la participación de los sectores mayoritarios en la vida política de nuestro país.

Sin dudas que uno de los aspectos más relevantes de este trabajo es el diálogo que mantiene con la bibliografía, tanto para construir la obra como para discutir sobre los enfoques más tradicionales que han abordado el tópico en cuestión. A lo largo de los capítulos que integran el libro, el historiador argentino recurre a dos grandes tipos de bibliografía. Por un lado, aquella que podemos ubicar dentro del campo de las fuentes históricas, desde *Facundo* de Sarmiento, pasando por *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía, hasta *Casa tomada* de Cortázar, entre otros; estos escritos son los que le permiten ingresar en el mundo del populismo y el antipopulismo en los respectivos contextos históricos. Por otro lado, y éste es tal vez uno de los aspectos más interesantes del trabajo de Semán, el libro discute con un amplio espectro de obras que, de una forma u otra, han sido relevantes y han repercutido en la forma de pensar el populismo: por ejemplo, las de Gino Germani, José Luis Romero, Natalio Botana, Luciano De Privitellio, Emilio de Ípola, Tulio Halperin Donghi, Torcuato Di Tella, entre otros pensadores. En esta dirección, la obra de Semán puede considerarse como un punto de llegada, debido a que recopila una gran cantidad de producción precedente, pero también como un punto de partida, ya que es un puntapié para abordar el tema desde un enfoque alternativo, enfocado en la reacción antipopulista y sus derivaciones a lo largo de la historia.

El libro está organizado en tres partes (“Prehistoria”, “Historia” y “Posthistoria”), más una introducción y una coda. En el primer apartado, “Introducción. El pasado perpetuo”, el autor nos pone frente al problema a estudiar: la obsesión de las élites políticas y económicas de nuestro país por desterrar el “populismo”, en tanto éste ha representado el cuestionamiento a un orden instituido que beneficia a unos pocos y excluye a la mayoría. En esta dirección, aunque el libro de Semán demuestra que a lo largo de la historia no ha existido un único antipopulismo sino muchos, plantea también que ese fenómeno ha revelado en mayor o menor medida una serie de aspectos: entre los más importantes, la idea de que el mundo plebeyo es amenazante; la asociación del populismo con el pasado y la necesidad de superarlo para avanzar en la modernización; la posibilidad de pensar el antipopulismo como una identidad política.

La primera parte, titulada “Prehistoria”, contiene tres capítulos. En el capítulo inicial, “El pueblo compite en excederse”, nos adentramos en el escenario de mayo de 1810 y los años siguientes. A partir de dicho acontecimiento, Semán rastrea la irrupción política del pueblo identi-

ficado como la plebe (compuesta por esclavos, libertos, mestizos, artesanos, etc.), y su enfrentamiento con los sectores patricios por medio de representaciones y celebraciones, entre las cuáles se contaban las *Fiestas Mayas*. Lo que es interesante en este punto es que advertimos la bifurcación necesaria para la existencia del populismo y del antipopulismo: la diferenciación entre las élites, por un lado, que se autoidentificaban como las legítimas dirigentes del país; y ese pueblo difícil de domesticar y amenazante para la tensa paz lograda después de la revolución, por el otro. Es a lo largo del siglo XIX que tomó consistencia la preocupación de los grupos dirigentes sobre qué hacer con esas masas que no podían ser ignoradas pero que, al mismo tiempo, no tenían —según ellos— facultades para ejercer el poder. A esta cuestión están dedicados los siguientes capítulos.

El capítulo siguiente, “¡Cerquen! Sarmiento, barbarie y propiedad”, nos posiciona en un contexto histórico particular, signado por los planes de organización nacional a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En esta dirección, Semán plantea que el libro *Facundo* de Sarmiento es uno de los documentos más importantes para entender este proceso y la relevancia en él tanto de las masas como de los caudillos, ya que fueron quienes lograron concretar la principal demanda de la época: un orden mínimo, pero orden al fin. Es decir, de a poco, las masas dejaron de ser pensadas como una anomalía y pasaron a concebirse como un componente necesario en el orden social y político. En esta nueva interpretación, la figura del gaucho fue el estereotipo por excelencia de los sectores mayoritarios, carentes de socialización y supuestamente acostumbrados a la brutalidad. Sin embargo, ya por entonces emergía la nueva figura a través de la cuál la élite del centenario canalizaría su conflictiva relación con las masas: los inmigrantes demandados como mano de obra para la economía agroexportadora.

El capítulo tercero, “El día que la plebe tenga hambre. Las masas del programa centenario”, está orientado bajo un interrogante: ¿cómo se integran las masas al sistema político? La primera de las respuestas fue otorgada por el positivismo incipiente en el tránsito del siglo XIX al XX, con Ramos Mejía, por ejemplo, bajo la lupa de los aportes de Le Bon. Dejando de lado la interpretación del autor de *Las multitudes argentinas*, se había empezado a desarrollar un giro donde el foco de intelección para la política y la historia nacional eran las masas y no las figuras individuales. En estos años, los inmigrantes fueron el objeto de estudio seleccionado por las élites para entender a los sectores mayoritarios e intentar evitar que entrara en colapso el sistema económico y político

que las beneficiaba. Tomando como referencia la lectura de Natalio Botana en *El orden conservador*, Semán plantea en este sentido que la apertura política promovida por el régimen conservador buscaba evitar cualquier modificación en las relaciones de poder. Señala también que la primera década del siglo XX fue testigo de políticas y debates que buscaban atender, ya fuera por la coacción o por la coerción, la cuestión social: por ejemplo, la creación del Departamento de Trabajo o la sanción de la Ley de Residencia. En consecuencia, la respuesta de la élite terminó por aumentar tanto el antipopulismo como la reacción de las masas para mejorar su condición de vida y canalizar sus reclamos. Todo este periplo habría de culminar en 1912 con la sanción de la Ley Sáenz Peña que, más allá de sus limitaciones, significó un cambio relevante para la política nacional porque, si la pensamos únicamente como una concesión de los de arriba, estamos recayendo en perder de vista el impulso logrado por la acción de los de abajo.

Llegamos así a la segunda parte del libro, titulada “Historia”, y al capítulo número 4, “Democracia de arrabal. La irrupción radical y la política de masas”. Así como previamente el antipopulismo se condensaba en ciertas figuras, como la del gaucho, ahora aparecerá personificado en la figura del compadrito, como el sujeto político que viene desde afuera gracias a las nuevas reglas del juego democrático. El compadrito es el hombre de los suburbios, de los bordes de las ciudades que crecen al calor de la economía primaria, y sostiene una relación siempre tirante con la ley, la violencia y la lealtad. Este personaje es a quien recurre Semán para explicar las características de la política radical en aquellos años. La llegada al poder de dicho partido político, además de la significativa apertura que representó, suscitó, al mismo tiempo, el rechazo de los sectores conservadores e incluso aquellos pertenecientes a la misma UCR. Una de las objeciones más importantes, que persistiría durante los años siguientes, fue la idea de que esos grupos mayoritarios no estaban en condición de ejercer funciones políticas porque no contaban con los conocimientos necesarios; de hecho, este precepto fue recurrente en las proclamas del golpe de Estado de 1930.

El capítulo número 5, “Ascenso y caída del despotismo ilustrado. Caterva o los monstruos de la década infame”, nos permite profundizar en esta última idea. El ciclo que se abre a partir de 1930 rápidamente da cuenta de transformaciones relevantes, como el surgimiento de la Villa Desocupación, hoy villa 31, debido a las migraciones internas. En consecuencia, era necesario hacer algo con esos grupos que se concentraban y demandaban cada vez más en las grandes ciudades.

De esta conceptualización es de donde el autor desprende el concepto de despotismo ilustrado para entender los gobiernos conservadores de los años treinta, haciendo alusión a que todo o casi todo (la coerción, la violencia, la manipulación de las elecciones y demás) estaba permitido en vistas de asegurar una inclusión ordenada y orientada desde arriba de esos grupos mayoritarios.

Los gobiernos que se sucedieron bajo la denominación del “fraude patriótico” tuvieron según Semán dos puntos en común: el primero fue la impugnación a la democracia yrigoyenista, vinculada con la demagogia, el nepotismo, etcétera, empresa de la cual participaron otras fuerzas políticas; segundo, a través de una serie de figuras rutilantes de los sectores de poder, como Federico Pinedo, Raúl Prebisch, Carlos Saavedra Lamas, empezaron a hacerse visibles los procesos en marcha que debían ser atendidos, como la industrialización (como bien muestra el autor por medio de las historias de los empresarios Di Tella y Biró) y la relación con Estados Unidos. Entonces, la pregunta que surge es: ¿por qué los grupos concentrados, que controlaban el Estado y advirtieron por medio de “sus” intelectuales las modificaciones en proceso, no ofrecieron una respuesta acorde? Este interrogante es más relevante aún si se considera que esa carencia es de donde tomó fuerza el peronismo. Es aquí donde emerge el concepto “populismo”, entendido como un fenómeno, como una forma de explicar los problemas derivados de la transición que atravesaba el país. La idea del peronismo como la expresión de los desajustes producidos por la modernización fue compartida por gran parte del espectro político, desde radicales, socialistas y comunistas hasta conservadores. De ahora en adelante, el populismo será pensado como un mal que debe ser combatido para sanar y encauzar el rumbo de la nación que, para los sectores antipopulistas, se habría perdido con el ascenso de Perón a partir del 17 de octubre de 1945.

“Inculcar en la gente de limitada cultura aspiraciones irrealizables’. La década peronista”, es el siguiente capítulo donde Semán trabaja el núcleo de las reacciones antipopulistas ante la primera experiencia peronista, que construyó su identidad política centrada en la justicia social en comparación con un pasado injusto. La primera de estas reacciones fue la del “aluvión zoológico”, término acuñado por Ernesto Sammartino en 1947; la afirmación del diputado radical dejó en evidencia dos aspectos: el primero, ya presente previamente, fue la idea de que los sectores mayoritarios no estaban en condiciones de ejercer el poder; el segundo, fue la idea de que era necesario implementar ciertas modificaciones que habían sido arrebatadas por el peronismo a sus legítimos

portadores. Desde 1945, el arco antipopulista se organizó en torno a cuatro ejes: el impacto de la Argentina aluvional; el desvío de las masas; los desajustes del país frente al proceso de modernización; y, el más significativo tal vez, el peronismo como la condensación de todo lo anterior. Es necesario enfatizar que los puntos mencionados tienen un denominador común: el atraso y la incapacidad de las clases dominantes de conducir a la nación por la senda del progreso; en esta dirección, el concepto de oligarquía era la identificación de ese grupo dirigente tan particular y no era único de Argentina ya que se podía rastrear en otros países de la región.

Finalmente, el último apartado de este capítulo 6 está dedicado a la figura del cabecita negra que, de la misma forma que el gaucho y el compadrito, fue el estereotipo antipopulista de la Argentina peronista. Identificado por ser inmigrante del interior del país, con rasgos indígenas, iletrado, etcétera, sólo podía ser peronista ya que no representaba las características civilizadas de la ciudad, habitada por las clases medias de profesionales y obreros calificados; grupos que rápidamente asumieron una identidad antiperonista debido a que las políticas implementadas por dicho gobierno habían acercado la condición social entre ambos sectores. Por primera vez, la amenaza de las masas para disputar los recursos materiales se había hecho realidad. En cierta forma, en este mismo punto el peronismo encontró su límite, tan rápido como evidente, debido a que la redistribución en marcha requería aumentar la productividad para mantenerla en el tiempo, aspecto no logrado por el gobierno de turno y denunciado por la oposición que en sus recurrentes reclamos incorporaba la acción violenta/armada como una expresión legítima, como atestigua el golpe de estado de 1955. Pero el problema fue que el tirano no murió y la identificación popular con su líder se intensificó.

Los decenios que siguieron a la destitución de la segunda presidencia de Perón son el tema del capítulo 7, “Las masas sin Perón. Los rostros del antipopulismo de la Libertadora a 1976”. Dichos años estuvieron marcados por los intentos de entender, desde el lado de las incipientes ciencias sociales, y combatir, desde el lado de la política, la herencia populista. En esta dirección, la reacción antipopulista se desarrolló en un abanico lo suficientemente amplio que abarcaba desde el consenso político hasta el uso de la violencia. El eje de la cuestión radicaba en enfrentar y solucionar, por métodos democráticos y civilizados y otros no tanto, los problemas que habían hecho que las masas siguieran al caudillo demagogo ahora exiliado, de ahí la proliferación de

trabajos y estudios de diferentes intelectuales como Gino Germani, Raúl Prebisch e incluso Ernesto Sábato.

Empero, rápidamente, la situación tuvo un giro inesperado signado, en primer lugar, por la injerencia de Perón desde el extranjero y los sindicatos a nivel local, que no hicieron más que demostrar que el peronismo seguía más vivo que nunca; y, en segundo lugar, por el impacto de la Revolución cubana, que contribuyó a legitimar la opción armada como una vía para la toma del poder frente a las limitaciones del sistema político imperante. Asimismo, debemos recordar que el escenario nacional se encontraba atravesado por la izquierda como protagonista de diversos e intensos debates, por ejemplo, la experiencia de *Pasado y presente*; pero también, en la dirección opuesta, por la irrupción del gobierno de Onganía y su proyecto de Estado burocrático-autoritario que buscaba, con el apoyo de diversos sectores, lograr definitivamente la modernización del país y así dejar atrás para siempre el populismo, proyecto que no tardaría mucho en sucumbir tras el Cordobazo de mayo de 1969. En este escenario surgieron una serie de observaciones relevantes en relación al populismo: la primera fue la identificación del peronismo con un horizonte igualitario; la segunda, que resultaba claro que los intentos por domesticar la nación plebeya habían fracasado. No obstante, el espiral de violencia en aumento y la radicalización política terminaron por llevar al país a un punto de no retorno, que habría de culminar con la interrupción del gobierno de María Estela Martínez en marzo de 1976.

La dictadura cívico-militar de 1976-1983 es abordada en el capítulo 8, titulado “El hartazgo como proyecto de nación. Del multifacético antipopulismo de la dictadura”. La instauración de este gobierno de facto significó, según el autor, el intento más profundo de eliminar, de una vez y para siempre, el populismo para restablecer las jerarquías sociales que peligrosamente había trastocado. En esta dirección, las políticas industrialistas, el papel de los sindicatos, etc., fueron arrasados por medio del uso de la fuerza para conformar, en términos similares a lo que sucedía en Chile, un individuo neoliberal y atomizado que reemplazara al populista de la sociedad industrial. Una vez allanada la amenaza de la guerrilla, llegó el momento de implementar las reformas necesarias para lograr el objetivo mencionado, para finalmente “desperonizar” a la sociedad, y fue nada más y nada menos que Martínez de Hoz el encargado de eliminar los vestigios del populismo. Probablemente, nunca antes en la historia de nuestro país la certeza antipopulista gozó de

tanta coherencia y margen de acción. Empero, en pocos años, las consecuencias de las políticas aplicadas por el entonces ministro, el desprestigio generado tras la derrota en la Guerra de Malvinas y los reclamos por los Derechos Humanos fueron los catalizadores necesarios para que, hacia principios de la década de 1980, tomaran fuerza las demandas por la vuelta de la democracia y la llegada de Raúl Alfonsín al poder.

Los últimos dos capítulos del libro están reunidos en la tercera parte, titulada “Poshistoria”. El capítulo 9, “Últimas postales del país de la brecha chica. Comienzo y final de la Argentina alfonsinista”, nos adentra en el gobierno del expresidente radical. Durante su presidencia, sobre todo en los años iniciales, el dirigente de la UCR fue capaz de unificar la democracia social con la política con su famoso apotegma sobre las cualidades de la democracia. Sin embargo, en el plano internacional, sumado a las dificultades económicas heredadas de las transformaciones previas, se estaba gestando la separación entre los Derechos Humanos y los Derechos Sociales, aspecto que profundizaría el próximo titular del ejecutivo nacional, Carlos Menem. Los años del ex gobernador de La Rioja fueron, sin lugar a dudas, los de la consolidación del proyecto post industrial, más aún en un contexto en el cual había logrado, mediante la Ley de Convertibilidad, enfrentar la inflación galopante que había dejado Alfonsín. Por medio del saber técnico y la calidad de gestión se consolidó un programa político que perjudicó a la mayoría de la población. En esta situación, el presidente en funciones renovó su cargo en las elecciones de 1995 mientras que cimentaba el proyecto que se encontraba en marcha, donde se logró completar la construcción de un individuo autónomo y racional y una sociedad organizada entre consumidores y productores libres; un escenario efímero que habría de resquebrajarse hasta estallar con la crisis del 2001 durante el gobierno de la Alianza.

Finalmente, el capítulo 10, “Cruzada final. El macrismo, primer triunfo democrático de la derecha antipopulista”, busca dar cuenta del intento más reciente del antipopulismo. La particularidad de este intento es que se trató de un gobierno elegido democráticamente en 2015. Semán retrotrae su gestación al conflicto por la ley 125 del año 2008, que significó el fin de la paz social y de la situación económica favorable que había acompañado los primeros años del kirchnerismo. A partir de esta coyuntura, reapareció el término populismo en la disputa económica y política, y, como sucedió precedentemente, surgió una figura, la del “choriplanero”, que condensaba una vez

más el rechazo al populismo como una representación opuesta al mérito, el éxito y el esfuerzo que representaban los jóvenes liberales. Estos últimos habrían de “sacrificarse” para participar en la política nacional y torcer el rumbo del país bajo los parámetros de la eficiencia y la prepotencia del mercado. El problema fue que, una vez en el poder, todas las medidas promercado implementadas por el expresidente Mauricio Macri no lograron el resultado esperado; mientras naufragaban los intentos para frenar el populismo, éste aparecía en todos lados como el responsable de la situación que atravesaba el país que, a partir de abril de 2018, se tornaría en un deterioro económico imposible de contrarrestar.

Así llegamos hasta nuestros días y, como bien señala el autor en la conclusión, titulada “Coda. El triunfo de la soledad”, los últimos acontecimientos internacionales y nacionales, como las acciones de Trump, las protestas en Chile, las reacciones ante el anuncio de la expropiación de la empresa agroexportadora Vicentin, dan cuenta de la pervivencia, tanto en nuestro país como en el exterior, del populismo y del antipopulismo. Se podría plantear entonces que, de la misma manera que un fantasma recorrió la Europa del siglo XIX, otro fantasma recorre la historia argentina: el populismo y su reacción, el antipopulismo, que a lo largo de más de dos siglos, como nos demuestra Ernesto Semán, ha marcado los derroteros de nuestra nación.